

DIEZ EPISODIOS DESCONOCIDOS SOBRE EL GOLPE

A treinta años del 11 de septiembre de 1973. Una conclusión inevitable es que, pese a su dimensión histórica, aún hay demasiadas lagunas. Esta investigación es la primera de un conjunto de reportajes que La Tercera publicará en las próximas semanas.

La Tercera, Fecha edición: 03-08-2003

Lo Que El Bombardero De La Moneda Nunca Reveló

El 11 de Septiembre de 1973, pocos segundos antes de las 11.52 horas, el primer Hawker Hunter comenzó a perder altura aproximándose desde el norte. Sobrevolando la Estación Mapocho, soltó la primera carga de cohetes Sura P-3, que entraron con gran precisión por la puerta principal del frontis norte del Palacio, estallando dentro de las dependencias de la Presidencia y desatando en instantes un gigantesco incendio. La identidad del piloto que efectuó la misión se mantuvo desde entonces para la Fach como un secreto militar.

Su nombre es Ernesto Amador González Yarra. Era teniente, y tenía apenas 24 años. Murió 22 años después víctima de un severo cáncer a la médula ósea, el 12 de mayo de 1995, en Santiago. Al fallecer, era un destacado y anónimo coronel de aviación en servicio. Salvo su familia, sus amigos y sus compañeros de generación -entre ellos el actual comandante en jefe de la Fach, general Osvaldo Sarabia-, muy pocos conocían la dramática misión que había tenido que enfrentar.

Ernesto González nació el 4 de febrero de 1949. Su padre era un oficial de Carabineros que llegaría a ser general. Enamorado de los aviones desde muy joven, ingresó a la Escuela de Aviación alrededor de 1967, en los inicios de la aviación supersónica en Chile. Por esos mismos tiempos arribó a Chile la primera partida de Hawker Hunter, comprados a la empresa Hawker Sideley de Inglaterra. González Yarra se graduó en 1970, dentro de una de las primeras generaciones de pilotos formadas con aviones de alta tecnología. Según varios de sus amigos a los que contactó La Tercera, a esas alturas ya mostraba una habilidad superior para volar. Destinado al Grupo de Aviación número 4 de la Fach, apostado en la base aérea de Los Cerrillos en Santiago, pasó los siguientes tres años perfeccionándose al mando de un Hunter. Su capacidad, para quienes lo conocieron en esa época, sobresalía. Era uno de los mejores pilotos de la institución, y solía demostrarlo en las prácticas en polígonos que efectuaba en el desierto de Atacama. Disparando sobre pequeños puntos en la pampa, rara vez fallaba los blancos, al extremo de que durante su carrera cultivaría la fama de ser capaz de "meter un rocket dentro de un tarro de leche condensada".

A mediados de agosto de 1973, González Yarra y el resto de sus compañeros pilotos del Grupo 4 se trasladaron junto a sus aviones al aeropuerto Carriel Sur de Concepción. La orden la había dado el general Gustavo Leigh, comandante en jefe de la Fach. El general había decidido mover las unidades porque temía que los aviones fueran atacados antes de poder despegar por miembros de la UP apostados dentro del cordón Cerrillos, contiguo a la base.

El comandante del Grupo 4 era el coronel Mario López Tobar. En 1999, el hoy general en retiro escribió un libro sobre las acciones que vivió el martes 11 de septiembre del '73. Según su relato, los pilotos bajo su mando se enteraron el lunes por la noche, en una reunión a bordo de un buque de la Armada, en Talcahuano, que el Golpe tendría lugar al día siguiente y que la primera misión que se les asignaría sería silenciar seis radios controladas por la UP en Santiago. Si el relato de López Tobar es fidedigno, Ernesto González sólo supo que tendría que bombardear La Moneda recién el otro día. Cuando abordó su avión, los cuatro Hunter que bombardearon las emisoras ya habían regresado a Concepción.

Alrededor de las 11, el teniente González despegó junto a otros tres pilotos rumbo a Santiago. Dos de ellos se aproximaron a la casa presidencial de Tomás Moro, custodiada por el GAP. Los otros dos se acercaron a la sede de gobierno para atacarla con cohetes anti blindaje, capaces de penetrar muros antes de estallar. El fue el primero en abrir fuego. Luego lo hizo su compañero, quien actualmente está en retiro tras haber llegado a general y cuya identidad se mantiene en reserva. Cada uno disparó, en total, cuatro veces contra el blanco, en un ataque que se extendió por cerca de 15 minutos.

González, según el relato de los hombres que lo conocieron, se sintió orgulloso de su actuación hasta el día de su muerte. Según él, había dos razones para estarlo. La primera era que el ataque, que revestía una gran complejidad técnica, se había cumplido perfectamente desde el punto de vista militar. La Moneda se incendió, pero en su interior no murió nadie por efecto de los cohetes. Además, ningún otro edificio del denso barrio cívico resultó dañado. González pensaba, también, que

su tarea había conseguido salvar vidas entre los dos bandos enfrentados. Solía decir que el shock de ver La Moneda ardiendo por efecto de la acción aérea había disuadido a los partidarios de la Unidad Popular de resistirse al Golpe y que eso había evitado una mayor represión.

Larga agonía

Pocas semanas antes de su muerte, González aceptó hablar con un periodista respecto del tema bajo la condición de que el entonces comandante en jefe de la Fach, el actual senador designado Ramón Vega, lo autorizara. "No voy a hacer nada sin una orden superior", repitió en varias ocasiones. Añadía que una de las versiones que más lo molestaban sobre el bombardeo es que por su precisión había sido realizado por pilotos estadounidenses. Las gestiones con Vega, sin embargo, no prosperaron.

A sus cercanos no les extrañó esa actitud. Uno de ellos recuerda que su gran obsesión era su institución, a la que dedicaba todo su tiempo. Visitaba su base incluso en los días que no le correspondía, y aparte de jugar tenis, muy pocas cosas desviaban su atención. Un general (R) de la Fach dice que tenía una personalidad expansiva y que era un oficial con liderazgo. "Los pilotos más jóvenes lo seguían para aclarar dudas y lo escuchaban", recuerda. Otro alto oficial afirma que si hubo un piloto de la Fach comparable con el estereotipo de la película Top Gun, ese era González.

Después del Golpe, su carrera siguió adelante. En 1977 fue uno de los encargados de traer a Chile los cazabombarderos F-5 adquiridos en 1974 a Estados Unidos, antes de que se impusiera el rígido embargo a la venta de armas contra el país dispuesto por el Presidente Jimmy Carter. El hombre que bombardeó La Moneda, destinado en la base aérea de Cerro Moreno en Antofagasta, ya había ascendido a capitán y volaba uno de los mejores aviones del mundo. Uno de sus compañeros de grupo era Gustavo Leigh Yates, el hijo del comandante en jefe.

El F-5 no fue el último avión que González conoció en detalle. Hacia fines de los '80, después de ascender a coronel y graduarse de la Academia de Guerra de la Fach, fue nombrado comandante del Grupo Aéreo número 4 de Punta Arenas. Considerada una de las unidades más poderosas de la Fuerza Aérea, en esa época estaba equipada con Mirage M-50, el avión más moderno y poderoso con que contaba el país.

Fue en la ciudad más austral del mundo, sin embargo, donde la carrera de Ernesto González se truncó. En 1989 su salud comenzó a fallar, y al poco tiempo le detectaron cáncer a la médula ósea. La enfermedad estaba tan avanzada, que un ex general de la Fach recuerda que le dieron sólo 10 meses de vida. Incapaz de seguir volando, fue trasladado a Santiago a tareas administrativas. Poco tiempo después, partió rumbo a Washington como agregado adjunto de la misión militar chilena en esa ciudad. La destinación tenía el objetivo de que González pudiese tratar su dolencia mortal con médicos norteamericanos. Pasó cerca de dos años en Estados Unidos, pero al volver el cáncer persistió.

En Chile debió someterse a intensos tratamientos. Convencido de que lograría recuperarse, solía insistir que el cáncer no le iba a ganar. Prueba de su personalidad carismática es que mientras estaba internado su habitación permanecía llena de amigos. Uno de ellos era el hoy general Osvaldo Sarabia, el actual comandante en jefe de la Fach. Piloto de combate como él, a los dos los unían estrechos lazos.

El 12 de mayo de 1995 el cáncer lo venció. En vez de los 10 meses, había resistido cinco años. Tenía 46 años y tres hijos cuando murió.

La Redacción Secreta Del Libro Blanco

"Con el fin de evitar la publicación de información falsa sobre el golpe en el extranjero, la junta ha ordenado la censura de todos los cables de las agencias de noticias que sean enviados al extranjero. Adicionalmente, está intentando publicar un libro blanco para convencer a las organizaciones internacionales de que el golpe fue una acción patriótica por parte de las Fuerzas Armadas de Chile para salvar al país". Así informa un cable desclasificado de la CIA a Washington, fechado el 15 de septiembre de 1973, apenas cuatro días después del golpe. El 17, el almirante Merino anuncia en una conferencia de prensa que el texto se está escribiendo. Comienza así la primera gran operación de propaganda del régimen.

A Merino, Leigh y Pinochet les indignan las versiones sobre la situación del país en el extranjero. En pocos días, las fotos de La Moneda han fijado la imagen de la junta. Pero los militares deciden contraatacar. El 30 de octubre, en una ceremonia oficial, el coronel Pedro Ewing Hodar, el nuevo secretario general de Gobierno, presentará el Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile, que en los planes iniciales se enviará a líderes de opinión de todo el mundo. Pero antes hay que escribirlo.

Hasta ahora, casi ninguno de los autores del texto ha admitido su papel. La excepción es el historiador Gonzalo Vial Correa, quien en septiembre de 1973 dirigía la revista Qué Pasa. El semanario había sido durante toda la UP un bastión opositor y era editado por el Grupo Portada, una empresa formada a fines de los '60 cuyos dueños eran, entre otros, los economistas Emilio Sanfuentes y Pablo Baraona. La revista, fundada en 1971, la integraban también los abogados Cristián Zegers, Jaime

Martínez y Hermógenes Pérez de Arce. La versión que ha dado Vial es que él, a través de intermediarios, planteó a la junta la necesidad de escribir un libro blanco para explicar los motivos del "pronunciamiento". Hoy se sabe que quien recibió el ofrecimiento fue el almirante Patricio Carvajal, pieza central del golpe y primer ministro de Defensa del régimen. El alto oficial dio el vamos a la idea. Vial comenzó a trabajar, y lo hizo con sus hombres del Grupo Portada. Todos ellos, afirma Hermógenes Pérez de Arce, "pueden considerarse coautores" del texto.

El texto fue monitoreado desde Odeplán. En la Oficina de Planificación había sido nombrado Roberto Kelly, ex oficial de la Armada y uno de los hombres que había planificado con Merino el golpe. Vial pidió que le entregaran documentos secretos de la UP, que habían ido surgiendo de La Moneda y la residencia presidencial de Tomás Moro, así como de allanamientos. Su afán era, según ha dicho en privado, que el libro tuviese una cuota de novedad que lo volviera más interesante. En esas gestiones surge hoy un nombre nuevo: José Radic Prado, ex capitán de la Armada, amigo de Kelly. El personaje, que años después sería nombrado subsecretario de Pesca, ocupaba el cargo de jefe administrativo de Odeplán. Pero su rol principal era, más que eso, servir de "enlace" entre los militares y los editores de Qué Pasa. Para obtener los papeles, Radic contaba con una orden firmada por Carvajal. Hoy, con 80 años, recuerda haber conseguido documentos en unidades militares, la CORFO, y el Banco Central. Uno de los documentos era una carta de Fidel Castro a Allende, que luego entraría en el libro. "Pedía los documentos y se los enseñaba a Gonzalo Vial, que trabajaba mucho en su casa", recuerda.

Vial, que también concurría a Odeplán a hablar con Radic y consultar los papeles almacenados en una oficina, trabajaba con varios colaboradores. Uno de ellos era Fernando Bravo Valdivieso, abogado asesor de El Mercurio y cercano a Hernán Cubillos. Cada capítulo terminado caía en manos de Radic, quien se los mostraba al almirante Carvajal. Este pedía correcciones, antes de autorizar su publicación.

El 22 de septiembre, el coronel Ewing llamó a los periodistas al Ministerio de Defensa. Junto al secretario de Prensa de la junta, Federico Willoughby, anunció el hallazgo del Plan Z. Se trataba de un documento encontrado, supuestamente, en la oficina del subsecretario del Interior de Allende, Daniel Vergara. Era un plan que buscaba llevar a cabo un contragolpe el 19 de septiembre, el día de la Parada Militar. La operación, según los uniformados, contemplaba eliminar a los comandantes en jefe de las FF.AA., así como a una veintena de líderes de la oposición. El objetivo, decía Willoughby, era "desatar la guerra civil". Pero la prensa no publicó los documentos ni las nóminas.

La existencia del documento, sin embargo, llegó a oídos de Vial. El historiador ha dicho en privado, para desmentir que el Plan Z fuese una pieza de propaganda falsa, que él y sus colaboradores tuvieron que insistir ante Radic para conseguir la autorización de publicarlo. Es decir, que el tira y afloja demostraría que no les fue "sembrado" por la Armada. Lo cierto es que los autores del Libro Blanco no consiguieron su objetivo: en la versión final del texto, sólo podrán narrar someramente los detalles del Plan Z.

"Por hallarse en investigación, y para no comprometer la seguridad de las personas señaladas como víctimas, ni las diligencias de individualización de los comandos asesinos (que en el plan se especificaban sólo con apodos), no puede aún ser detallado", justificaron los autores en el capítulo titulado "El Autogolpe de la Unidad Popular". Los documentos con los "comandos", así como las supuestas nóminas de personas a ser asesinadas, nunca se publicaron, ni tampoco se conoció el resultado de una investigación al respecto. Eso ha hecho que muchos duden no sólo de la posibilidad de que alguien fuese a efectuar una operación de esas características, sino también de la existencia misma de los documentos.

De cualquier forma, el Plan Z dejó su estela. Una es que en las semanas posteriores al Once se convirtió en un honor -una suerte de certificado de buen opositor para quienes habían impulsado el Golpe- aparecer en la lista de objetivos políticos. Otra es que el plan fue un tema recurrente en los interrogatorios a los detenidos, como ha dicho el abogado de derechos humanos Roberto Garretón. Ese es el cargo más grave contra el Libro Blanco: que en su afán por explicar la toma del poder por parte de los militares en razón a la existencia de un contragolpe, justificaron -consciente o inconscientemente- la represión que vino después.

La Fallida Conspiración Del 72

En noviembre de 1972 un grupo de civiles se acercó al almirante José Toribio Merino para plantearle que había llegado el momento de que la Armada se levantara contra Salvador Allende. A juicio de ellos, estaban dadas todas las condiciones para derribar con éxito al gobierno, y la coyuntura política les ofrecía una fecha inigualable: había que aprovechar la extensa gira que el Presidente tenía programada para el 6 de diciembre de ese año a Perú, México, Argelia, Unión Soviética, Cuba y Venezuela.

Quienes llegaron a tocar la puerta de Merino, en ese entonces jefe de la Primera Zona Naval, no eran unos desconocidos en la Marina. El grupo de civiles vinculados a Hernán Cubillos -ex oficial de la Armada, hijo de ex comandante en jefe y posterior ministro del régimen militar- mantenía estrechos contactos con la institución. Varios de ellos integraban la Cofradía Náutica del Pacífico, donde participaban los almirantes Merino, Patricio Carvajal y Arturo Troncoso. Este grupo había pasado a ser durante el gobierno de la UP un espacio propicio para intercambiar información política y conspirar.

El día en que los civiles pidieron el golpe, el ambiente político ya estaba enrarecido. Hacía un mes que el paro de los camioneros tenía detenido al país, y cundía el desabastecimiento. Aunque aún no había empezado a operar el grupo conspirador de la Armada -Merino y los capitanes de navío Hugo Castro y Arturo Troncoso-, los civiles conocían el pensamiento del alto oficial y sabían que los contactos dentro de las FF.AA. ya se habían iniciado.

El principal argumento que se esgrimió frente a Merino fue la oportunidad de la gira internacional de Allende, que duraría 15 días. Al ausentarse el mandatario, sería el general Carlos Prats, flamante ministro del Interior y comandante en jefe del Ejército, quien asumiría el gobierno. Los civiles tenían esperanzas de que Prats se plegaría al golpe si la Marina iniciaba el levantamiento. La respuesta de Merino fue lapidaria:

-¿Están locos? ¿Y qué vamos a hacer después de derrocar a Allende? ¿Cómo vamos a gobernar un país que está en ruinas?, les dijo.

-¿Y si ustedes contaran con un plan de reconstrucción?, le preguntó uno de los presentes.

Merino se interesó en el tema. De vuelta en Santiago, los civiles vieron al Presidente Allende ir y volver de su gira sin contratiempos. Pero en su fracasado intento de provocar el golpe había surgido la idea de confeccionar un plan económico: El Ladrillo.

A petición de Merino, Roberto Kelly -otro ex oficial de la Marina que luego sería ministro de Odeplán- contactó a Emilio Sanfuentes, un sociólogo con estudios en Chicago, quien se comprometió a contactar a un grupo de economistas y a tener en 30 días un plan económico. Más prudente, Kelly le comunicó a la Armada que el programa estaría listo en tres meses.

Durante todo 1973 más de 10 economistas -entre ellos Sergio de Castro, Pablo Baraona, Juan Villarzá, Sergio Undurruga, Álvaro Bardón y Manuel Cruzat- planificaron la política económica. Muchos de ellos no sabían que semanalmente las copias eran llevadas a Valparaíso, y que en varias ocasiones el almirante Troncoso realizó resúmenes que repartió entre los conjurados, como los generales de Ejército Javier Palacios y Sergio Arellano.

El único momento en que pareció detenerse el trabajo fue el 29 de junio, para el "tanquetazo". "Para qué seguir trabajando", dijo entonces uno de ellos. "Estos militares ya echaron todo a perder". Pero Sanfuentes, que conocía de cerca los planes de las FF.AA., insistió.

El 11 de septiembre el trabajo aún estaba inconcluso. Pero ya se había acabado el tiempo. El mismo día del golpe Hernán Cubillos llegó a la imprenta Lord Cochrane y sacó decenas de copias de El Ladrillo. Al día siguiente, los principales uniformados tenían encima de su escritorio una copia del plan. Muy pronto, la mayoría de sus redactores ocuparían cargos clave en el equipo económico del nuevo gobierno.

El Refugio De Frei Ruiz-Tagle

Eduardo Frei Ruiz-Tagle había pasado buena parte de los mil días de Allende fuera de Santiago. Recién en junio del '73 había regresado a la capital desde Rengo, tras concluir la construcción de una obra encargada a Sigdo Koppers, la empresa de ingeniería en la que trabajaba desde 1969. Mientras decidía dónde instalarse definitivamente, dormía junto a su esposa, Marta Larraechea, y dos de sus pequeñas hijas en la casa de la calle Hindenburg de su padre. Pero el lunes 10 todo cambia. Su mujer ha viajado a Viña del Mar con sus dos niñas. Son cerca de las siete de la tarde cuando Eduardo Frei Ruiz Tagle, con sólo 31 años, ingresa a una casa señorial, situada en el número 441 de la calle Gertudis Echenique del barrio El Golf.

Aquí vive su padrino, Clemente Pérez Zañartu, fundador, como Frei Montalva, de la Falange y la DC. Según un miembro de la familia Pérez, su rostro muestra preocupación. El hijo del ex Presidente pide hablar a solas con el dueño de casa. Entra al escritorio, del que es cordialmente invitado a salir Pablo Cabrera Gaete, yerno de Pérez Zañartu. La charla, a puertas cerradas, se extiende por 30 minutos. Eduardo Frei porta noticias inquietantes.

Su padre, el ex Presidente Eduardo Frei Montalva, también se encuentra a esa misma hora fuera de su hogar. A media tarde, ha recibido una llamada desde Valparaíso. El capitán de la Armada Víctor Henríquez, su ex edecán naval, le ha informado que el día siguiente, por la madrugada, tendrá lugar el golpe de Estado. El ex presidente viene recibiendo hace semanas rumores como ese. Pero esta vez, por alguna razón, decide prestarle atención. Frei opta por cambiar furtivamente de domicilio. Junto a su mujer, abandona su casa en Providencia, se las arregla para burlar la custodia de Investigaciones que lo sigue y se instala en la residencia de su hija Carmen y su yerno, Eugenio Ortega. Nadie debe saber, ordena, dónde pasará la noche. El lugar, en la calle Ascencio de Zavala de Vitacura, es propicio: dos casas más allá se ubica la embajada de Australia. Como nadie sabe en qué terminará todo el día siguiente, lo sensato es tener un "plan de escape".

Eduardo Frei Ruiz-Tagle informa a don Clemente Pérez: el golpe será mañana, lo ha llamado su padre. Pregunta si puede alojarse allí.

Se sabe con detalles lo que el Presidente Ricardo Lagos hizo ese martes 11. El golpe lo sorprendió en el baño, mientras se levantaba. Esa mañana partió a buscar a sus hijos mayores, que ya habían salido a clases. Luego pasó por su oficina en FLACSO, y desde ahí presenció el bombardeo. Luego tomó rumbo hacia La Reina, donde se refugió en la parcela de la madre de su esposa, Luisa Durán. Lo que hizo Frei, hasta ahora, apenas se sabía.

La familia Pérez Zañartu acomoda a Eduardo Frei Ruiz-Tagle en un dormitorio del segundo piso. Los presentes pasan casi toda la noche conversando, y se levantan temprano para tratar de oír noticias por la radio. El golpe se desata. Los dueños de casa, opositores a Allende como gran parte de la DC, se preocupan. Varios amigos han comenzado a correr peligro. Uno de ellos es Rafael Agustín Gumucio, el ex presidente del partido que ha protagonizado otro cisma al fundar la Izquierda Cristiana (IC).

Ya es 12 de septiembre, y Gumucio está siendo requerido por los bandos militares, que llaman a los principales dirigentes de la UP a entregarse. El presidente de IC ha decidido pasar esos días, ingenuamente, en la casa de su hermano en Providencia. Clemente Pérez decide que su casa es un mejor refugio, parte a buscarlo y lo oculta en una habitación del primer piso. Da, también, una orden: Frei hijo no debe saber que duerme en el mismo lugar que Gumucio. Según un miembro de la familia, que estaba presente esos días en la casa, les preocupa que el invitado informe a su padre y se rompa el secreto sobre el paradero del dirigente.

Frei y Gumucio comparten la misma casa, sin saberlo, por varios días. Mientras, Marta Larraechea sigue atrapada por el toque de queda en Viña del Mar. No verá a su marido durante los próximos tres días, hasta que la Ruta 68 que une Valparaíso y Santiago vuelva a poder transitarse.

El Fallido Escondite De Luis Corvalán

En agosto de 1973 la plana mayor del Partido Comunista tomó una decisión: si se producía un golpe de Estado, la directiva pasaría a la clandestinidad. Para ello, cada dirigente debía tener preparado un lugar donde refugiarse. La estrategia incluía que unos y otros se comunicarían a través de "enlaces" ya designados, mientras Víctor Díaz, el subsecretario general del partido, encabezaría la directiva.

A las 6.30 horas del martes 11, el secretario general del PC, Luis Corvalán, despertó con el sonido del teléfono. Estaba en su casa -en Bremen 462, Ñuñoa- junto a su esposa y tres de sus cuatro hijos. "Hay movimientos de la Armada en Valparaíso", le dijo Orlando Millas, otro alto dirigente del partido.

"Millas llegó poco después, en su auto. Tuve tiempo para vestirme y partimos a la sede del comité regional del partido, ubicada en calle Vergara", recuerda Corvalán. Ese era el lugar más seguro: el inmueble había sido arrendado pocos días antes, por lo que muy pocos sabían de su existencia. Estaba claro que la sede nacional, ubicada en Compañía con Teatinos, sería ocupada por los militares, tal como sucedió.

Al reunirse la plana mayor -Américo Zorilla, Jorge Insunza, Víctor Díaz, Mario Zamorano, Corvalán y Millas, entre otros- ya era un hecho que todas las Fuerzas Armadas se habían plegado al golpe. Pasadas las 10.30 horas, y cuando se sabía que en media hora vencía el plazo para que Allende abandonara La Moneda, se dio la orden de pasar a la clandestinidad.

Corvalán había tomado contacto semanas antes con una profesora del Liceo Manuel de Salas para esconderse en su casa. Sin embargo, cuando cerca del mediodía llegó a la residencia ubicada en calle Los Jardines, en Ñuñoa, surgió un imprevisto: la familia de la dueña de casa había llegado de visita desde Talca. No podían recibirlo.

La tensión aumentó. Por radio, Corvalán se enteró del bombardeo a La Moneda y de la muerte del Presidente. Su accidentada anfitriona logró tomar contacto con una visitadora social del Hospital del Salvador, que vivía a sólo unas cuadras, en Los Cerezos. Esta última aceptó recibir al secretario general del PC. Pero desde las 14 horas ya regía el toque de queda. "No tenía auto, no podía pedir un taxi, así que tuve que salir a pie, solo", relata. Y llegó. Permaneció ahí, despierto hasta la madrugada, informándose de los hechos a través de las radios extranjeras, por la onda corta.

No supo más de su familia. Esa mañana, su mujer había intentado enviarle ropa y un maletín en el auto de Investigaciones dispuesto para el senador, con la esperanza de que pudieran ubicarlo. En el maletín iba una copia de una carta que el PC le había enviado a Allende el día anterior, a través del ministro José Cademártori, donde refrendaban el apoyo de la colectividad a la decisión del Mandatario de llamar a plebiscito. Algo que Corvalán, Millas y Díaz habían conversado con el Presidente el 9 de septiembre, en Tomás Moro.

Dos semanas después del golpe la directiva del PC decidió trasladarlo a otro lugar, ya que consideraban poco seguro continuar en la casa de Los Cerezos. Pero el secretario general se negó, argumentando que se sentía resguardado. A los dos días fue detenido por un comando del regimiento Coraceros, que entraron por las ventanas al lugar. Horas después lo trasladaron a la Escuela Militar, donde fue encerrado en un baño e incomunicado por 52 días.

El Diálogo Secreto De Kissinger Y Chou En Lai

El 13 de noviembre de 1973, cuando en Chile recién se cumplía un mes del golpe, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, pasó la tarde en una villa de Beijing conversando con el primer ministro de China, Chou En Lai. El encuentro era parte del sexto viaje del secretario de Estado a China, después de que la histórica visita del Presidente Nixon, en mayo del año anterior, marcara un vuelco en el equilibrio mundial.

Lo que nunca trascendió de esa conversación de más de dos horas es que ambos personeros analizaron largamente los sucesos en Chile. Un documento desclasificado del Departamento de Estado consigna la conversación completa, donde Kissinger asegura que en Chile se habían producido "menos de cien ejecuciones" el primer ministro chino recuerda que le escribió una carta a Allende instándolo a ir más lento. Y ambos coinciden en que el Presidente Allende cayó por sus propios errores. El diálogo muestra cómo el caso chileno fue analizado en detalle en las esferas del poder.

Chou En Lai: Hay un nuevo golpe en América Latina, que concierne a Chile. ¿Puede usted ejercer alguna influencia en Chile?

Kissinger: Nosotros hemos ejercido considerable influencia y creemos que después de la primera fase, cuando tomaron el poder, no ha habido más ejecuciones. Pero revisaremos el tema cuando vuelva y lo mantendré informado.

Chou En Lai: Nuestro emisario sigue allá. Por ello, hemos podido enterarnos de muchos hechos, incluso sin el apoyo de parte de la CIA. Ling Ping es nuestro embajador en Chile, pero ese gobierno es muy complicado.

Kissinger: Me gustaría que el primer ministro tuviera la razón. Desearía que la CIA fuera tan competente como el primer ministro cree.

Chou En Lai: ¿Pero hubo una mano de la CIA detrás del golpe?

Kissinger: La CIA no dio una mano en el golpe, pero también es cierto que no pudo controlar la situación. En Chile la causa fue la incompetencia de Allende. Nosotros no tuvimos nada que hacer con el golpe.

Chou En Lai: Ese gobierno era muy complicado. El propio Allende admitió que quería tomarse el poder en el verdadero sentido de la palabra...pero por otro lado sus subordinados hacían gran publicidad. Y esos comunistas en ese país, que eran cercanos a la Unión Soviética, querían que la URSS les proveyera armas. Tal como esos guevaristas en Bolivia que se tomaron las armas y se encontraron divorciados de las masas....Ese mismo grupo estaba activo en Chile y en otros países. Creemos que es verdad que en Chile hay una masacre. Cientos de cuerpos fueron lanzados fuera del estadio (Nacional).

Kissinger: Nosotros no creemos que fueron tantos. Sé que hubo ejecuciones. Pienso que fueron menos de cien. Creo que ahora se han detenido. Lo chequearé y le informaré.

Chou En Lai: Al final, el hombre (Allende) no fue asesinado.

Kissinger: Así es.

Chou En Lai: Y respecto a la economía, nosotros le dijimos que se prepararan para las nacionalizaciones, y no lo hicieron. El resultado fue que la producción cayó y le hicieron a la gente demasiadas promesas que no podían cumplirse...

Kissinger: No había organización. No había disciplina. Eso, y la total incompetencia, llevaron al colapso al gobierno. Había demasiadas divisiones entre las facciones. Ellos hicieron todo con entusiasmo y sin preparación.

Chou En Lai: Pero hay un punto positivo en el caso chileno. Por los pasados 200 años no había habido ningún golpe en el país. Entonces puede ser bueno.

Kissinger: ¿Fue bueno que hubiera un golpe militar?

Chou en Lai: Fue bueno. Una mala cosa puede convertirse en un buen logro. Esa es nuestra forma de ver las cosas. Nosotros les dijimos a ellos sobre esto, pero no nos creyeron. Ese tipo de fenómeno fue causado por sí mismo. Nosotros le damos sólo un limitado apoyo a las revoluciones en los países latinoamericanos. Todavía estamos aprendiendo.

Kissinger: Yo espero que no aprenda muy rápido.

Chou en Lai: Usted no debe asustarse. Toma tiempo que la gente se levante. Yo le escribí una carta a Allende, pidiéndole que fuera más despacio. (La carta) sólo abordaba problemas económicos que ameritaban preparación. Ellos no debieron hacer todo de una vez, sino ser graduales. Nosotros creemos que la vida de las personas sólo mejora en base a la producción. Cada vez que uno habla de socialismo se piensa en bienestar. Y mi carta al Presidente Allende fue inútil, porque las palabras de un extranjero no significan nada.

Kissinger: El tampoco era amo en su propia casa. No era un agente libre. No pudo hacer lo que quería.

Chou en Lai: América Latina es un área complicada y muy diferente de Asia...

El Debut Del Futuro Asesor Civil De Pinochet

El 12 de septiembre de 1973, el almirante José Toribio Merino decidió hacer una pausa y almorzar en uno de los comedores del Ministerio de Defensa. Junto a Merino estaban el almirante Federico Vio Valdivieso, auditor general de la Armada, y otros seis oficiales. Entre ellos se encontraba Sergio Rillón, un abogado de 43 años que por esos días ocupaba, con el grado de capitán de navío, el cargo de auditor de la Subsecretaría de Marina. En torno a la mesa, Merino contó cómo le había enviado el domingo 9 de septiembre al general Augusto Pinochet y al general Gustavo Leigh el mensaje definiendo la fecha del golpe. En ese almuerzo, Rillón recibió su primera misión importante en el nuevo régimen, donde a lo largo de los años se convertiría en el principal y más discreto consejero civil de Pinochet.

Merino les adelantó a los comensales que pocas horas después se constituirá la Junta en la Escuela Militar. Uno de los comensales sugirió que se redactara un acta de constitución del nuevo gobierno. El almirante lo aprobó y le encargó la redacción a Vio, quien a su vez, la delegó en Rillón, según diversos testimonios.

Este redactó el borrador del acta, al cual posteriormente hubo que hacerle sólo dos modificaciones. La primera, debido a que había confundido el nombre de pila de Pinochet y escrito Manuel en vez de Augusto. Además se le agregó un punto que sería clave, aunque entró en el acta definitiva a última hora por la discusión que se originó entre Leigh y Pinochet sobre a quién le correspondía -por antigüedad- liderar la junta de Gobierno. Este decía: "Se acuerda designar al general Augusto Pinochet Ugarte presidente de la junta".

Ese trabajo fue el primero de muchos. Entre 1975 y 1977 trabajó con el almirante Merino. Años después, cuando su relación con Pinochet ya era muy estrecha, comenzó a manejar las relaciones con la Iglesia, una de las tareas más cruciales en el régimen militar. Por esos años Rillón -un hombre profundamente religioso y apasionado por los temas de la Iglesia- abrió un fluido canal de comunicación con el cardenal Raúl Silva Henríquez, con el que los militares mantenían una tirante relación. Pese a que algunos veían a Rillón como un hombre dogmático e inflexible, almorzaba una o dos veces al mes con el cardenal, y quienes conocieron esa relación aseguran que se tenían mutuo aprecio, pese a las grandes diferencias que tenían respecto a la valoración del régimen militar.

En 1976, después del asesinato de Orlando Letelier y la elección de Jimmy Carter como Presidente de EE.UU., el problema de los derechos humanos se volvió candente. En ese momento Rillón se trasladó a una oficina de la Cancillería para encargarse de ese tema. Un año después llegó a Chile el nuncio apostólico Angelo Sodano, actual secretario de Estado del Vaticano, quien permanecería en el país casi 10 años. El abogado estrechó lazos rápidamente con Sodano, con quien se entendía muy bien. Rillón, entonces, comenzó a implementar una de sus grandes apuestas con el respaldo total de Pinochet: para mejorar el diálogo con la Iglesia chilena era mejor entenderse fluidamente con Roma que con los obispos locales.

Después de redactar a fines de 1977 -junto al entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, Ernesto Videla- la convocatoria a la consulta nacional "por la dignidad de Chile" que se haría en enero de 1978, durante la década del '80 Rillón viajó frecuentemente a Roma. Pero, convencido de que los obispos norteamericanos también ejercían gran influencia ante la Santa Sede, visitó en varias ocasiones a los principales miembros de la Iglesia de Estados Unidos para convencerlos de actuar a favor del régimen chileno, según el testimonio de sus colaboradores.

La creciente influencia de Rillón sería cada vez más palpable en La Moneda en 1984 cuando Pinochet le ofrece la Secretaría General de Gobierno. Pero, por su personalidad, el asesor no acepta y prefiere permanecer fuera del gabinete. Sin embargo, se nombra en el cargo a un joven discípulo de Sergio Rillón: Francisco Javier Cuadra. Y en 1985 llega al Ministerio del Interior Ricardo García, otro gran amigo de Rillón. A esas alturas el general Pinochet lo consideraba su amigo, y solían reunirse a conversar largas horas. El asesor ya le había dado muchas muestras de lealtad. Y nadie duda de que siempre ha actuado de acuerdo a sus convicciones.

A fines del régimen militar participó en el grupo que diseñó las llamadas leyes de amarre de la transición para reformar la Constitución del '80.

Tras el cambio de mando del 11 de marzo de 1990, oficialmente fue colaborador del comité asesor de la Comandancia en Jefe, que encabezaba el general Jorge Ballerino. Pero Rillón casi no concurría a las oficinas del organismo. Trabajaba en su casa y prefería el diálogo directo con Pinochet en el edificio de las FF.AA. Hasta hoy suelen verse y conversar.

El Acta Secreta Contra Silva Henríquez

El 24 de septiembre de 1973, apenas 13 días después del golpe, Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza se reunieron en una maratónica sesión de la junta que se extendió por nueve horas. Lo que discutieron quedó registrado en un acta secreta que se mantuvo por 30 años en reserva. **La Tercera** tuvo acceso al documento, redactado por el general Fernando González, secretario del organismo. El texto, de cuatro páginas, enumera los temas que inquietaban a los cuatro comandantes por esos días. Reportes de inteligencia; el estado de las arcas fiscales; los preparativos para el funeral de Neruda; la presencia en Santiago de un enviado secreto de Juan Domingo Perón...

Pero lo más interesante surge en el punto número 13. El acta dice: "Se acuerda que el ministro de Relaciones Exteriores (el almirante Ismael Huerta Díaz) inicie los contactos del caso con el embajador ante la Santa Sede para prever la posibilidad de reemplazo del cardenal Silva Henríquez".

El representante chileno en el Vaticano, René Rojas Galdámez, era un funcionario de carrera que gozaba de la confianza de los uniformados. Había sido nombrado en 1971 por Salvador Allende, pero la prueba de su proximidad a los militares llegaría el 30 de octubre del '73, al ser transferido a la embajada en Buenos Aires.

¿Intentó realmente Pinochet convencer al Papa Paulo VI de que sacara al molesto Silva Henríquez? Al menos la idea se discutió. Aunque no es posible aún reconstruir qué clase de gestiones se hicieron, el acta ilumina hasta qué punto las relaciones entre el cardenal y los uniformados se tensaron al máximo desde el principio.

¿Cómo comenzó la pugna? Nadie lo sabe con precisión, pero las memorias del prelado entregan luz. El 13 de septiembre de 1973, Silva Henríquez envió a la prensa la primera reacción de la Iglesia sobre el levantamiento militar. El documento hablaba "de la sangre que ha enrojecido nuestras calles"; pedía respeto "por los caídos en la lucha" y especialmente por Allende; y requería "moderación frente a los vencidos". Un día después, el 14, el cardenal ordenó a su secretario personal, el padre Luis Antonio Díaz, que concurrese al Ministerio de Defensa a entregar el comunicado. Lo recibió Álvaro Puga, asesor de la junta, quien le exigió que la declaración fuese "suavizada". El texto, a esas alturas, ya estaba impreso en los diarios de la mañana, y no había vuelta atrás. Pero su difusión, como reveló el propio cardenal en sus memorias, fue considerada un acto "hostil" por la junta.

Los tironeos seguirían los días posteriores. El domingo 16 la junta recibió al cardenal. La cita, protocolar, debía servir también para convencer a Silva Henríquez que oficiara el tradicional tedéum del 18 de septiembre frente a los nuevos gobernantes. Los uniformados querían que la misa se efectuara en la capilla de la Escuela Militar. Pero el cardenal se negó, pues temía que una ceremonia en ese lugar mostrara una iglesia afecta al régimen. Propuso, en reemplazo, la Catedral o el Templo Votivo de Maipú, pero el general Sergio Arellano Stark se opuso por motivos de seguridad. El acto se efectuó en la Iglesia de la Gracitud Nacional. No fue un tedéum de Acción de Gracias, sino una "Oración por la Patria", y en ella el prelado advirtió sobre el trato a los caídos y la necesidad de recuperar "la libertad".

Según el embajador Oscar Pinochet de la Barra, un viejo amigo de Silva Henríquez, de quien escribió un libro sobre su vida, el cardenal recibió por esos días un mensaje explícito de un alto personero del nuevo gobierno. "Ha sido una puñalada por la espalda", le dijeron.

La tensión se incrementó. El 6 de octubre, la casa del cardenal fue allanada. Un día después, el Papa habló por primera vez de Chile, y condenó abiertamente la "represión sangrienta". El cardenal viajó a Roma a fines de octubre. Estando allí, afirmó que había dado a la Junta el mismo trato prodigado al "gobierno marxista de Allende". La sola comparación indignó a los militares, que esperaban al menos un matiz. Silva Henríquez volvió a Chile los primeros días de diciembre. Ya en Santiago, lo sorprendió un curioso rumor: en los círculos influyentes se hablaba de que el Vaticano lo sacaría del arzobispado.

En retrospectiva, el acta secreta número ocho, del 24 de septiembre de 1973, explica muchas cosas.

La ayuda secreta de los militares brasileños

El ex embajador estadounidense en Chile Edward Korry declaró en 1977 ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano que tenía "motivos para creer que los brasileños aconsejaron a los militares chilenos". Poco después, agregó: "El apoyo técnico y psicológico del golpe chileno provino del gobierno de Brasil". En 1985, otro ex embajador norteamericano en Chile, Nathaniel Davis, afirmó en su libro "Los últimos dos años de Salvador Allende" que "la conexión brasileña ha sido confirmada por muchas fuentes". En julio de 2001 el alcalde de Río de Janeiro, César Maia, que vivía exiliado en Chile durante la UP, denunció que el levantamiento chileno terminó de fraguarse en una recepción en la embajada de Brasil en Santiago el 7 de septiembre, durante las celebraciones del día patrio brasileño.

Pese a tres décadas de conjeturas y rumores, hasta ahora no se había logrado comprobar la llamada "conexión brasileña". El único hecho indiscutible era la natural cercanía que sentían los uniformados chilenos con el gobierno militar brasileño y la rapidez con que el embajador en Santiago, Antonio Cámara Canto, reconoció al nuevo régimen. Sin embargo, al cumplirse 30 años del golpe, **La Tercera** ha accedido a uno de los episodios más desconocidos del 11, que involucra a Brasil en una gestión clave realizada pocos días antes.

El origen de la misión

A finales de agosto de 1973 un emisario civil del almirante José Toribio Merino tomó un avión con destino a Sao Paulo. Camuflado bajo la excusa de un viaje de negocios, este hombre -que pidió mantener su nombre en reserva- llevaba una misión secreta. De su gestión dependía en gran parte la decisión de lanzar el levantamiento militar. El exitoso viaje de este ex oficial de la Marina -que llegaría a ocupar un alto cargo en los inicios del régimen militar- terminó por dar luz verde al golpe.

Poco menos de un mes antes del 11, el tema que más desvelaba a los militares conjurados era el temor de que las FF.AA. se quebraran durante el levantamiento. Si bien Merino sabía que en la Marina y la Fach había total consenso para derrocar a Allende, no tenían igual certeza del Ejército.

La turbulenta salida del comandante en jefe de la Fach, César Ruiz Danyau, el 20 de agosto, les había dado una muestra concreta de lo que podía suceder. Cuando el general Ruiz se negó a renunciar a la Comandancia en Jefe -como le había pedido Allende- y se acuarteló en la base aérea de El Bosque, el titular del Ejército, Carlos Prats, ordenó movilizar varias unidades por si la Fach se rebelaba.

Si el día del golpe el Ejército llegaba a dividirse entre leales y rebeldes, la batalla se extendería. Y en ese escenario, los uniformados temían que interviniera un actor peligroso: Perú.

Gobernado por el general de izquierda Juan Velasco Alvarado (1968-1975), en 1973 no era descabellado pensar que Perú avanzara hacia el sur de la Línea de la Concordia si en Chile había guerra civil. En 1977 se cumplirían 100 años de la derrota peruana en la Guerra del Pacífico. El proyecto de Alvarado era recuperar la "provincia cautiva", y para ello se había rearmado aceleradamente comprando cientos de millones de dólares de material bélico soviético.

El almirante Merino necesitaba alejar el fantasma de un ataque peruano antes de iniciar las acciones contra Allende. Y en busca de una respuesta, envió a su emisario a Brasil. Con uno de los mejores servicios de inteligencia del continente, los militares brasileños -históricamente cercanos de Chile- podían responder la duda.

Interrogatorio en Brasilia

En la última semana de agosto el emisario de la Marina tomó un avión a Sao Paulo. Llevaba el nombre de un contacto que le había dado Merino. Una vez allá, ese nexo le entregó una escueta orden: "Viaje a Brasilia, alójese en tal hotel y espere que lo contacten".

Un día después, el chileno recibió en el hotel un recado con la dirección a la cual debía dirigirse. Allí fue conducido a una sala donde, encandilado y sin poder ver a las personas que estaban en frente de él, fue interrogado sobre su vida personal, su familia y negocios. Cuando terminaron de chequear la identidad del visitante, éste explicó la urgencia de los militares chilenos por saber los planes peruanos.

-Ya sabemos por qué está usted acá, le respondieron. "Vuelva al hotel, no salga a ninguna parte y espere una respuesta", agregaron.

Varias horas después el hombre de Merino recibió un llamado. "No deben preocuparse. Perú no va a ir", le dijeron, exigiéndole que volviera inmediatamente a Chile.

Menos de 48 horas después, Merino recibió personalmente la información de los servicios de inteligencia brasileños. Y el día del golpe no hubo ningún movimiento en la frontera.

Al atardecer del 11 de septiembre, cuando ya Santiago estaba bajo control militar, Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza se reunieron en la Escuela Militar para jurar como miembros de la Junta de Gobierno. Hasta allí llegó el representante del primer país que reconocería al nuevo gobierno. Era el embajador brasileño, Antonio de Cámara Canto.

Vuelta de mano

Cuatro o cinco días después del golpe, el personero que había viajado a Brasilia se aprestaba a asumir un alto cargo en el gobierno militar, cuando recibió una llamada telefónica. Su interlocutor hablaba con un fuerte acento germánico y se presentó con un nombre alemán. Al decirle el chileno que, lamentablemente, no recordaba su nombre, el desconocido le respondió: "Estuvimos conversando hace poco en Brasilia. Yo le hice un favor; ahora necesito que usted me haga otro. Debo hablar urgente con usted".

El hombre que había interrogado al emisario de Merino estaba en Santiago. Era un general brasileño, que dominaba varios idiomas y que se hacía llamar Castro, era el número dos de la agencia del Servicio Nacional de Información (SIN) de su país.

Reunidos en el Hotel Carrera, el visitante le explicó que el gobierno de la UP había acogido a muchos exiliados brasileños de izquierda. Pero dentro de ese contingente había varios hombres infiltrados por los propios aparatos de seguridad brasileños, que actuaban como agentes. Algunos de ellos no se habían reportado desde el 11 de septiembre, por lo que suponía- estaban detenidos. "Son hombres míos, los tengo que sacar", dijo.

El encuentro terminó amablemente. El general Castro fue puesto en contacto con un alto uniformado chileno para que lo ayudara en su búsqueda. Al despedirse, el militar brasileño le dio otra noticia. "Me han dicho que su gobierno ha pedido un préstamo urgente a mi país. Le tengo buenas noticias: se le aprobó un crédito de US\$ 100 millones".

Efectivamente, según contaría Merino en una entrevista en 1992, el primer dinero fresco que llegó a Chile después del golpe fueron cien millones de dólares, desde Brasil. "Teníamos dos problemas graves en septiembre: los sueldos de fin de mes y la falta de harina en el país", relató el almirante. "Entonces el embajador de Brasil, que tenía un pariente que trabajaba en el Banco de Sao Paulo, entró en comunicación con él y ajustó la posibilidad de ingresar un préstamo que se cerró en US \$100 millones".

Según relatan hombres cercanos al almirante Merino, la visita del general Castro también tuvo un aspecto más público. Al enterarse la Marina de su presencia en el país, fue el expositor en una conferencia sobre seguridad que se realizó en la Academia de Guerra de la Armada.

Un mes después, en octubre, un cable de inteligencia de la CIA fue despachado desde Santiago a Washington. "Prisioneros brasileños recientemente liberados del Estadio Nacional han relatado que mientras estuvieron detenidos fueron interrogados por individuos que hablaban fluidamente el portugués, por lo que suponen que eran oficiales de la inteligencia brasileña", informaba el despacho, actualmente desclasificado. Habían comenzado las versiones de que Brasil también entregó asesoría en interrogatorios y técnicas de tortura a los militares chilenos en los inicios del régimen militar.

El rol del embajador Cámara Canto

Innumerables relatos circulan sobre el embajador brasileño Antonio Cândido Cámara Canto y sus años en Chile. Apodado por algunos como "el quinto miembro de la junta" por sus estrechas relaciones con el gobierno militar, se cuenta que pocos días después del 11 de septiembre entró al Club de la Unión, repleto de uniformados, gritando: "¡Ganamos!".

Acreditado en Chile entre 1968 y 1975, Cámara Canto estableció estrechos nexos con altos miembros del Ejército y la Marina. Y después del 11 demostró una entusiasta adhesión al régimen: fue el primer diplomático en reconocer a la Junta de Gobierno y su embajada coordinó la entrega de 70 toneladas de medicamentos y alimentos entre el 11 y el 26 de septiembre como ayuda humanitaria del gobierno de Brasil. Ello, aparte de utilizar sus contactos para gestionar un crédito de US\$ 100 millones para Chile. "Era un hombre de nuestro lado", diría Álvaro Puga, asesor de la Junta.

Nathaniel Davis, ex embajador norteamericano en Chile, relata en su libro "Los últimos dos años de Salvador Allende", que el diplomático brasileño habría intentado en 1973 acercar a la embajada norteamericana a los planes conspirativos. "En una comida, el embajador brasileño me hizo una serie de sugerencias (que yo dejé de lado), para tratar de arrastrarme a una coordinación entre embajadas para una planificación cooperativa y juntar esfuerzos en el sentido de provocar la caída de Allende", escribiría.

Eximio jinete y coleccionista de arte, Cámara Canto era profundamente antimarxista y estableció una gran amistad con el general Sergio Arellano Starck, hombre clave en el golpe de estado.

El suceso que mejor revela la estrecha relación entre Cámara Canto y la Junta ocurrió el 13 de septiembre. El almirante Merino, preocupado por los fondos para pagar los sueldos de septiembre, se dirigió al Banco Central. La ciudad estaba bajo estado de sitio. Merino entró a las bóvedas a ver lo que había. Y según contó en una entrevista, todo lo que encontró fueron dos millones de dólares. "Era todo lo que tenía Chile en ese momento", diría más tarde. Quienes acompañaron al miembro de la Junta en la inspección de las reservas de Chile eran el contraalmirante Lorenzo Gotuzzo (ministro de Hacienda) y el diplomático Cámara Canto.

En septiembre de 1975 el embajador dejó su cargo en Santiago por razones de salud. Al cóctel de despedida asistió el general Gustavo Leigh, miembro de la Junta de Gobierno. Otra comisión, integrada por los generales Herman Brady y Sergio Arellano, fue a dejarlo al aeropuerto.

Al año siguiente, Cámara Canto volvió en una visita privada a Chile y fue recibido por el propio almirante Merino. A su muerte, en 1977, el gobierno chileno lo homenajeó y bautizó una calle de la comuna Pedro Aguirre Cerda con su nombre.

En los círculos diplomáticos chilenos aún se recuerda una anécdota del embajador. Pocos días después del golpe, en una conversación informal, Cámara Canto le aconsejó a un miembro de la Cancillería: "Aprovechen ahora de hacer lo que yo hice en mi país: junto con los izquierdistas, expulsen a todos los homosexuales". Efectivamente, en 1964 y con la llegada de

los militares al poder, el diplomático lideró una verdadera "cacería de brujas" que investigó a 35 funcionarios de carrera acusados de subversivos u homosexuales.

"A Contreras Déjemelo En Paz"

A Contreras déjemelo en paz, que ya le encargué una misión.

Con esa frase le respondió Augusto Pinochet al entonces coronel Julio Canessa. Era octubre del '73, y el gobernante había citado al oficial -director del Comité Asesor de la Junta- a una reunión urgente en el edificio Diego Portales. Pinochet estaba preocupado. Lo inquietaba la dificultad del gobierno para comunicar su trabajo a la ciudadanía. Quería la opinión de su asesor.

Canessa compartió el diagnóstico, y sugirió nombrar como responsable de las comunicaciones a un experto: el teniente coronel Manuel Contreras, director de la Escuela de Ingenieros Militares de Tejas Verdes, en San Antonio.

Pero su idea fue rápidamente descartada. La máxima autoridad del país ya tenía, para ese hombre, una tarea asignada.

Contreras había vivido el golpe en San Antonio. A las 4 de la madrugada, dos horas antes que en el resto del país, controló toda la provincia. Pero al mismo tiempo, había llenado varios centros de detención con prisioneros. La escuela de Tejas Verdes, según el Informe Rettig, se convirtió muy pronto en un campo de concentración en el que se torturó.

Lo que no se sabía, hasta ahora, es cuán pronto olvidó Contreras los asuntos del litoral para asumir su nueva función en el régimen. El 19 de septiembre de 1973 debía efectuarse la tradicional revista militar para celebrar el día de las Fuerzas Armadas. Pero la ceremonia fue suspendida. Ese mismo día, Pinochet concedió audiencia al coronel Contreras en el Ministerio de Defensa. El oficial había insistido, apenas asumió el gobierno militar, en exponer delante de la principal autoridad del país un problema que el régimen necesitaba resolver con urgencia: la seguridad interna.

Contreras había estudiado en profundidad asuntos de contrainsurgencia. Era uno de los mejores oficiales del Ejército. Se había graduado de la Academia de Guerra en 1964 y recibido del propio Pinochet, el entonces director del máximo centro de estudios militares, la distinción al mejor alumno de la promoción. En los dos años del curso, Contreras y Pinochet estrecharon lazos. Ese vínculo hizo más fácil para el ingeniero militar ser recibido por la máxima autoridad del país. La audiencia sería clave para Contreras.

El coronel tenía preparado, desde 1970, un plan para reestructurar los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas. Especialista en Informaciones e Inteligencia y profesor de esas especialidades en la Academia de Guerra hasta 1971, pensaba que los aparatos de inteligencia de las FF.AA. se preocupaban casi exclusivamente de evaluar amenazas externas, pero no de la contrainsurgencia. Se había inspirado en el Servicio Nacional de Informaciones (SNI) de los militares brasileños, organismo enfocado a la seguridad interna y el control del país. Contreras había expuesto sin éxito su proyecto años antes al ex comandante en jefe Carlos Prats. Pero el golpe parecía una oportunidad inmejorable para poner su plan en marcha.

Según un alto oficial que vivió muy cerca de Pinochet esos días, el presidente de la Junta salió del encuentro del 19 de septiembre convencido de la idea del teniente coronel, y le ordenó que comenzara a preparar inmediatamente lo que -dos meses después- sería la Dina.

El 12 de noviembre Contreras expuso su plan de seguridad interior en el edificio Diego Portales, frente a Pinochet y los otros tres comandantes en Jefe. Su idea era crear la Dina como una instancia independiente de las ramas de las FF.AA., que reportara y dependiera únicamente de la Junta. Se sabe que la propuesta no gustó ni a Merino ni a Leigh, pero de todas formas fue aprobada.

Contreras fue nombrado, casi al mismo tiempo, director de la Academia de Guerra. Pero lejos de preocuparse de los planes de estudio, convirtió el centro en su cuartel central. Desde allí comenzaría a operar en todo el país. La Dina, sin embargo, sólo surgiría legalmente el 18 de junio de 1974. A esas alturas, su planta ya superaba los 600 efectivos.